

## DE OTROS TIEMPOS (Historia de una pequeña broma literaria)

Por *Enrique Toral y Peñaranda*  
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

**H**ARÁ casi cincuenta años que se reunían en amable tertulia unos cuantos literatos en el Café del Gato Negro de la calle del Príncipe, de Madrid. Presidía la tertulia el académico de la Lengua y de la Historia don Ángel González Palencia, que unía a sus muchos títulos universitarios y a una copiosa labor literaria-histórica, una cualidad inapreciable y más en esos momentos de dura represión política, y fue la de ayudar desinteresadamente a que pudieran vivir algunos escritores que no gozaban del favor público.

Yo, perdóneseme el antipático y presuntuoso «yo», era el más joven de los tertulianos y el único superviviente de aquéllos que se llamaron (y cito por el orden en que aparecen en estas páginas que siguen):

Don Luis Muñoz-Cobo y Arredondo, que en su monumental obra «Estudio sobre el arrollamiento de las conchas», publicado en Madrid en 1905, hacía constar que era doctor en Ciencias Naturales y catedrático por oposición de Historia Natural en el Instituto General y técnico de Baeza, luego director del de Málaga y finalmente catedrático del de San Isidro de Madrid, donde se jubiló con el número uno del Escalafón. Escribió y publicó dos volúmenes de poesías y varias novelitas de costumbres.

Don Juan Antonio Tamayo y Rubio, nacido en Granada de familia de abolengo ubetense. Catedrático de Literatura en el Instituto de Jaén por los años veinte y uno de los participantes en la famosa cena jocosa de Don Lope. Fue después del Instituto de San Isidro, y auxiliar de la Universidad Central. Escribió más de cincuenta estudios de investigación, y era, al igual que don Luis, óptimo tresillista.

Don Jerónimo Rubio Pérez-Caballero, catedrático de Literatura, sancionado un corto período por sus ideas republicanas. Autor de pocos pero

selectos estudios literarios, entre ellos una semblanza dialogada de don Martín Fernández de Córdoba, señor de Alcaudete y caudillo de África.

Don Ángel Cruz Rueda, del que poco hay que decir aquí. Premio Nacional de Literatura, catedrático de Filosofía, doctor en Letras y licenciado en Derecho.

Don Lorenzo de Llauder y de Bonilla, marqués del Valle de Ribas, funcionario de Hacienda jubilado y poeta festivo, cultivador del donaire en los piropos. Gran aficionado a los toros, al igual que don Luis Muñoz-Cobo.

Don Esteban Sancho Sala, del cuerpo facultativo de Archivos, gran conocedor de libros y de hombres, aragonés de sangre y estilo. Dueño de magnífica biblioteca.

Concurrían también a la tertulia:

Don Santiago de Morales Talero, en tiempos alcalde de Arjona, magnífico dibujante e historiador de su pueblo. Abogado sin ejercicio, y

Don Pedro Antonio Martín Robles, zamorano, íntimo amigo de Unamuno, catedrático de Latín y traductor de libros de inglés, francés y alemán que poseía a la perfección, además del latín y griego en que era especialista.

Muerto don Ángel González Palencia en estúpido accidente de circulación, se trasladó la tertulia al Café Comercial de la Glorieta de Bilbao, donde tuvo lugar la broma y relación verídica que publicamos en edición privada de tan quince ejemplares en Gráficas Bellón, de Úbeda, en 1951, y que por esta simple razón es un impreso rarísimo y conocido de tan pocas personas que bien podemos tenerlo por «inédito» y darlo a luz, en este boletín, para recuerdo y memoria de unas personas que como dice Caballero Venzalá, a propósito de otras, ya han entrado, inmerecidamente, en las sombras del olvido.

RELACIÓN VERÍDICA DE LO SUCEDIDO EN UN CAFÉ DE LA VILLA  
Y CORTE DE MADRID, EN QUE VARIOS LITERATOS  
ESTUVIERON A PIQUE DE PERDER LA VIDA CON OTROS  
SANGRIENTOS SUCESOS.

ESCRIBIÓLA UN SACRISTÁN CUYO NOMBRE NO CONSTA EN EL  
MANUSCRITO Y LA PUBLICA PARA CONOCIMIENTO DE LAS  
GENERACIONES FUTURAS DON ENRIQUE DE TORAL Y FERNÁNDEZ  
DE PEÑARANDA

Nota, advertencia, o lo que el discreto lector quiera llamar.

(Damos en las siguientes páginas una fidelísima versión, recogida de labios autorizados, sobre la grave disensión surgida en el hasta entonces apacible seno de una tertulia literaria, de Madrid; disensión que ha podido llevar la consternación a varias honorables familias. Para que el lector que empiece a leer se encuentre en posesión de algunos antecedentes absolutamente precisos, le informaremos de que la tertulia en cuestión se reúne todos los miércoles por la tarde, en el café Comercial de la Glorieta de Bilbao, al que se trasladó desde el «Gato Negro»).

## CAPÍTULO PRIMERO

Componen la pequeña tertulia cuatro catedráticos de Instituto (tres en activo y uno jubilado), un docto archivero, un anciano poeta, título del Reino, y el humilde acólito con honores de sacristán que escribe estas líneas. Algún que otro día se presenta, sin ser llamado, cualquier amigo de los contertulios, a quien se le reconoce, por ser corteses, derecho de veto y voto.

Tiene la tertulia una misión fundamental: espaciar un poco el ánimo, cansado de la brega semanal, con graves y amplias disquisiciones literarias, taurinas y eruditas, sin que falte tampoco tal o cual crítica económica en torno a los problemas que plantea a uno de sus miembros el penoso hecho de ser propietario de varios cortijos jiennenses, dotados de sus fabriquititas de aceite y de su poquito de trigo, etc., etc., problemas que se admiten a discusión en la tertulia generosamente, pues, por disposiciones de Dios, ningún otro contertulio podría poner en su cédula personal (caso de que éstas existiesen todavía) aquella profesión tan bonita y honorable, típica de nuestro país, de «propietario».

Y conste que nadie tiene envidia a nuestro amigo don Luis, que con ese nombre, una nariz regularmente aguileña y los ojos azules semiescondidos por unas gafas de vista cansada, es conocido nuestro buen y querido contertulio, el pobrecito propietario, si no fuera porque, no contento con sus cuantiosos bienes heredados, ostenta además, con el número uno del escalafón, nada menos que dos cátedras en el Instituto de San Isidro: La una de Ciencias Naturales, que ganara allá por los años de su mocedad, y la otra de Literatura, que por capricho de la redacción de la revista *Úbeda*, ha arrebatado a nuestro no menos querido contertulio el gran don Juanito, y no es ripio el «gran», ni prosopopeya vana, pues, en verdad de verdades, en pocas personas se pueden unir mejor alta estatura, que se aproxima a los dos metros, muchos kilogramos de peso, gran nariz y grandes gafas, con una gran inteligencia y una extraordinaria paciencia para aguantar a cientos de alumnos en el Instituto, varias docenas en la Universidad y unos cuantos compañeros en un Centro de investigación y progreso de cuyo nombre no quiere el sacristán acordarse. Además, y por este dato le conocerán mejor ustedes, es un buen jugador de ajedrez y un óptimo tresillista, ducho en regalar «codillos» a sus amigos, y aunque algunos mal pensados dicen que quizá por esto es un tantico perezoso para escribir, sabe el sacristán, por habérselo oído decir a persona muy enterada y ecuánime, que no es por el feo vicio de la pereza, que escribe relativamente poco nuestro amigo, sino

porque le gusta documentarse concienzudamente, y trabajo de investigación que firma, no lo puede superar nadie... excepto si se trata de algún punto de Historia, en que ese honor se lo discute acaloradamente nuestro también querido amigo y tertulio el señor don Jerónimo, al que le dió Dios Nuestro Señor privilegiada memoria, hondo entendimiento y una cultura tan inmensa, adquirida en setenta años de continua lectura, que bien puede decir, como no lo dice, que fué digno rival de su compañero de Universidad don Adolfo Bonilla San Martín, de imperecedera memoria, al que aventaja, sin embargo, y ya es difícil, en inagotable bondad y modestia que le hace decir que no es poeta, después de haber escrito versos como éstos:

#### A LOS OJOS AZULES DE UNA DESCONOCIDA

Los ojos claros, de mirar sereno  
que Cetina cantara en rima eterna,  
iluminan tu rostro de Madonna,  
que sólo de Murillo la paleta  
pintar podría en su celeste encanto  
al reflejar su virginal pureza.

Ojos inspiradores  
dignos de Beatriz, la dulce prenda  
que Dante humanizó en la «Vita nuova»  
para divinizarla con la «Comedia».

Ojos cuya mirada casta y limpia  
en el alma penetra  
ahuyentando los malos pensamientos  
con su dulzura inmensa.

Ojos, cuyas pupilas  
de noble luz y de misterio llenas  
nos obligan a amar con pasión limpia,  
exenta de impurezas.

Del viaje hacia el amor, lleno de hastío  
me encuentro ya de vuelta.

Sé que nada en la vida vale nada;  
que la Naturaleza  
es para el hombre la cruel madrastra  
que en su dolor, infame, se recrea;  
que ya ni puedo amar ni ser amado,  
pero, aún así, quisiera  
cuando la muerte venga a liberarme  
de la humana vileza,  
que mis ojos clavados en los tuyos  
el consuelo tuvieran

de ver que algo divino hay en el mundo  
como anticipo de la gloria eterna.

y que publicamos con verdadera indiscreción, por no haberle querido pedir su consentimiento, temerosos de una cortés negativa. Pero, en fin, ya está hecho y no tiene remedio alguno, salvo en advertir que no es, con serlo mucho, el más modesto de los contertulios por corresponder dicho puesto a nuestro no menos querido amigo don Ángel, a quien llaman Angelito algunos de sus íntimos amigos, sin duda para cooperar a que la gente municipal, vulga y espesa, no se dé cabal cuenta de todo lo que vale y sabe nuestro amigo, que, por otra parte, no engaña a nadie a sabiendas, pues todo el que quiere, y sin más molestias que ir a la calle de Zurbano, número 61, puede ver la copiosa colección de pergaminos que adornan su despacho, unos de premios ganados en buena lid y otros de homenaje por haber ganado los premios. Entre estos últimos sobresale el de nombramiento de hijo predilecto de su pueblo natal, que es nada menos que «la muy noble e muy leal Cibdad de Jahen, guarda e defendimiento de los Reinos de Castilla». Y ya que hablamos de títulos, es justo que mencionemos a otro contertulio, el excelentísimo señor don Lorenzo, presidente de honor de la reunión, por sus muchos méritos, fácil e inspirado poeta, especialista en madrigales a las niñas bonitas y, ¿por qué no decirlo?, algunas veces también a las feas, por caridad cristiana, se entiende, y tan bromista que no dudó en retratarse en el siguiente soneto, que compuso en parangón con el famoso, aunque un tanto falso de ambiente, de López Alarcón:

Yo fui en mi juventud, harto lejana,  
no mal mozo, según alguien pregona,  
y en ardides de amor, dí a mi persona  
el rango de una alcurnia cortesana.

Cortejé desde la ínfima aldeana  
a la más linajuda señorona,  
a una y otras, frustrada mi intentona,  
me pusieron más rojo que la grana.

Un tiempo viví, en grande entre los grandes,  
y estuve a pique de emigrar a Flandes  
por algo que causóme un tabardillo.

Incólume escapé de toda empresa  
y hoy, en mi ancianidad, sólo me pesa  
verme marqués... y exhausto mi bolsillo.

Gloria da, amigos, ver a este anciano a quien no molestan demasiado, aunque él otra cosa diga, sus ochenta años cumplidos, discutir vivamente de estrenos y de toros, de actrices y de toreros y de monos y de monas con el bueno de don Jerónimo, su contemporáneo en años y en memoria. Y allí es ella. El uno cita la gran faena que hizo determinado torero el año de 1887 a 7 de mayo, en la plaza de Calatayud; el otro le replica que no es cierto, aquel día no estuvo bien el diestro, y así siguen

horas y horas ante la cara de sorpresa de nuestro querido contertulio el sabio archivero don Esteban, cuyo único defecto consiste en decir a media voz, por ser incapaz de chillar a una mosquita, que «No sabe nada de nada; absolutamente nada», y se lo asegura además como aragonés de pro, lo que no quita, por cierto, que en cuanto se menciona en la conversación un librón, libro o librito, se olvide de que «él no sabe nada», y nos describa con pelos y señales de humedad si las hay o de polilla, no ya su aspecto exterior, número de páginas, si lleva o no una laminita, sino la biografía del autor, especialmente si es aragonés, y el contenido, tesis o antítesis de la obra, excediendo ciertamente en estos últimos pormenores a aquel célebre «Pasarón» inmortalizado por Palacio Valdés con su suave ironía asturiana.

Y ahora dirán ustedes: Para completar esta galería de contertulios falta uno, y ¿qué nos dice usted de ese uno? Y a fuer de hombre educado ha de contestar que, cual buen sacristán y tenedor de las llaves del local, en este punto sale a escena, hace una cortés reverencia y cierra el capítulo.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Los «modestos» contertulios habíanse enterado de que uno de sus miembros, don Ángel o Angelito, como dijimos se le llamaba cariñosamente, había recibido, enviado por los Reyes Magos, algo anticipados, en verdad, pues estábamos tan sólo en noviembre, y bajo un feo sobre azul con etiqueta de servicio oficial una bonita credencial conteniendo su nombramiento de director del Instituto Femenino de Lope de Vega. ¡Ahí era nada! Todo un directorazo en la tertulia, y qué director; además; ya podía la tertulia presumir y decir, por ejemplo, al astuto camarero de turno: «Ese señor no paga, está convidado por mí mismo como premio a su nombramiento»; y luego, cada tertuliano, decir, si por acaso en miércoles se encontraban con un amigo, camino del café: «No, no puedo ir contigo, tengo una reunión con el director del Instituto».

En fin, era una gran honra para la tertulia y un justo reconocimiento por el Poder público del mérito del catedrático de Filosofía, que era preciso, de toda precisión, celebrar de alguna manera. ¿Un banquetito? Ni pensarlo siquiera, que don Ángel no es director de banquetes. ¿Un pergamino? Tampoco; muchos y muy valiosos tenía ya don Ángel para aumentarle el número y ponerle en el compromiso de tener que comprar un trozo de pared donde colocarle. ¿Entonces?... Ya está aquí la solución, dijo con acento de cátedra don Luis; compremos un álbum y que cada uno de nosotros le ponga una cosa bonita y cariñosa y luego se lo entregamos en una sesión especial de la tertulia. ¿Aceptado?, inquirió con voz tenue. Aceptado, dijeron todos los presentes, excepto el marqués y don Jerónimo, a quienes hubo que explicarles minuciosamente lo pactado, ya que no se habían enterado de nada por estar discutiendo gravemente, como siempre, si había trabajado mejor en las tablas doña Matilde Díez o doña Elisa Boldún, y una vez enterados, ¡cómo no!, prestaron su inmediata adhesión a la afortunada idea de don Luis.

Y como las buenas obras pensadas por su comienzo empiezan a ser mejores, quedó ya encargado el sacristán, por su amistad con varios encuadernadores, malectantes, como todos los de su profesión, de hacer confeccionar el álbum por el artista que más adecuado le pareciera, y don Luis de ir recogiendo ideas para llenar el mencionado librito y de empezar su contribución, que tratándose de él, lógico era suponer había de ser alguna semblanza en versos bien medidos, endecasílabos y en composición o poema, como ahora dicen algunos, de catorce versos.

Y así se verificó. Encargó el sacristán la encuadernación y en la reunión siguiente apareció don Luis con su sonetito, y bueno será advertir que el mencionado don Luis los hace excelentes, él solito, sin necesidad de nadie, pero que en esta ocasión, y para su mal, quiso consultar uno de los versitos, armando una «troyita tertuliana» que decir «Troya» sería en este caso una andaluza exageración.

Pero no adelantemos los acontecimientos y retrocedamos la acción al histórico momento en que entre dos luces, unas tazas de café y unas copitas de coñac, empezó, o comenzó, si así lo prefieren ustedes, a leer sus versos, que literalmente copiados dicen así:

#### SEMBLANZA

Alma sutil, en «cuerpo de banquero»  
asomada al espejo de su cara  
con la dulce sonrisa, limpia y clara,  
expresión de honorable caballero.

Recto escritor de singular esmero  
en su prosa castiza y neta; rara  
excepción de modestia que enmascara  
al pensador y artista verdadero.

Corazón al amor siempre dispuesto  
con sincera adhesión de buen amigo  
que sabe agradecer; y no en precario  
de fe y bondad cristiana ostenta el puesto  
que en su infancia alcanzó bajo el abrigo  
del virtuoso cura de «El Sagrario».

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —dijo don Juanito, del que no sé si les he dicho que es un tanto zumbón y bromista—. ¡Magníficos cuartetos!, sin duda; pero no me acaban de gustar los tercetos, y, sobre todo, ese «precario», que parece poner en duda el saber agradecer de don Ángel, y es por añadidura poco poético y un tantico duro al oído.

—Tampoco me gusta a mí ese «precario» —terció el sacristán de marras—. Suéname algo a ripio de relleno o de rima forzada para consonantar el sagrario.

—Tampoco a mí me llena —contestó algo amostazado don Luis, que a cada

comentario que oía, por más que él los hubiera provocado, sentía como tirados en su propia carne los pellizcos sonetiles.

—Tengo disculpa, y es preciso que sepan ustedes, señores contertulios, las poderosas razones que me han aconsejado poner ese término... de derecho —interrumpió el sacristán.

—Sí, de derecho —siguió don Luis, recogiendo la interrupción y uniéndola a su discurso—; de derecho y necesario, porque rima perfectamente con sagrario y lo mejor del soneto, ahora que no está delante don Ángel. ¡Qué digo, soneto!, borrador de soneto es la mención que hago al buenísimo tío carnal de Angelito, Prior que fué tantos años del Sagrario de Jaén y amigo cariñosísimo y ejemplar de todos.

—Cierto, cierto —dijo a la sazón don Juanito—, mas ¿no hay otra consonante con sagrario que no sea precisamente ese «precario»?

—¿Sagitario? —sugirió el sacristán, sin encontrar acogida a su magnífico consonante.

—Esto se arregla en seguida —continuó don Juanito—; ahora mismo, don Luis, entre usted y yo hacemos otro soneto.

—Empiezo: Jerónimo, una cuartilla.

—Ahí las tienes en la cartera —contestó el aludido, que estaba, ¡cómo no!, enfrascado en la evocación de comunes recuerdos con el marqués, y ni uno ni otro se habían enterado de nada.

—Puesta la cuartilla delante y luego de grandísima reflexión, en la que emplearía don Juanito sus buenos dos segundos, tomó la estilográfica y cuidadosamente escribió:

¡Vive Dios que me espanta ese «precario»!

y antes que don Luis pudiera pensar el segundo verso, el sacristán, que sin duda estaba esa tarde algo travieso y retozón, dijo:

que ha metido don Luis en el soneto

Y ante este endecasílabo, metido a traición y que venía, con perdón por la inmodestia, como verso al soneto o anillo al dedo, que otros dirían, hubo de cambiar el plan y llamar la atención al resto de la tertulia, o séase a don Jerónimo y al marqués, pues los demás no estaban presentes, para que, dejando por un momento en paz a «Cara Ancha» y a «Frasculo», cooperasen con sus númenes a la construcción del soneto, como lo hicieron en el acto, escribiendo don Jerónimo:

y en verdad que esto es extraordinario

y remachando el marqués:

con lo cual se nos pone en un aprieto.

—¡Bueno! ¡Ya tenemos el primer cuarteto, y no ha resultado mal, qué caramba!

Hasta suena a cuarteto —exclamó don Juanito, que leyó solemne:

Vive Dios que me espanta ese precario

que ha metido don Luis en el soneto.  
Y en verdad que esto es algo extraordinario,  
con lo cual se nos pone en un aprieto.

Dice la preceptiva literaria que enseña don Juanito por partida doble en el Instituto y la Universidad, que para hacer un soneto hay que empezar por hacer un cuarteto, continuar con otro y después, si el tiempo no lo impide y con permiso de la autoridad competente, lo que no es tan fácil en el reino de la poesía, terminar la composición con dos tercetos en los que brille una idea original, elevada, elegante y oportuna, ¡total, nada! Y comoquiera que los profesores deben dar ejemplo en cátedra y fuera de ella, reclamó enérgicamente el papel y escribió con su siempre esmerada letra y sonrisa mefistofélica:

Era fuerza hallar rima con sagrario,  
que es un vocablo castellano neto

escribió rápidamente el marqués, dándole el papel a su sobrino el sacristán, que, un tanto tímidamente y acordándose del desprecio que se le había hecho poco antes, escribió:

¿No pudisteis hablar de «Sagitario»?

Y no se sabe bien si indignado por el «precario» o más bien por el «sagitario», remachó el clavo don Jerónimo con esta frase lapidaria, que además cayó en verso:

y al léxico tratar con más respeto?

Sí señores; no cabe duda. La indignación justísima de don Jerónimo no era, como a primera vista pudiera pensarse, por haberle interrumpido su discusión tau-rina, ni tampoco por el pobre «precario»; era por «Sagitario», que no le caía simpático.

En fin, que el cuarteto, bueno o malo, estaba hecho, y decía:

Era fuerza hallar rima con «sagrario»,  
que es un vocablo castellano neto.

¿No pudisteis hablar de «Sagitario»  
y al léxico tratar con más respeto?

Y era preciso continuar metiéndose con los tercetos, y fiel, como siempre, a la preceptiva, puso don Juanito este inocente verso:

Del cura la sonata llama abrigo

que dejó sin respirar al sacristán, que, forzado a continuar y ante el conocimiento de las prendas de vestir que usan los párrocos, demostrado por don Juanito, y en el colmo de su impotencia, se arrancó con este riplo de concepto:

Olvidando su genio turbulento

que motivó que el marqués, indignado por ver el poco respeto demostrado por el sacristán hacia la memoria del virtuoso cura, no pueda por menos de exclamar:

lo cual dicho hasta aquí resulta un higo

y obliga a don Jerónimo a empezar el segundo terceto con esta demostración de impotencia:

y no puedo seguir, mucho lo siento  
porque hallar otro lapsus no consigo

remacha don Juanito, que asiente bondadoso y después de haber tirado la primera piedra o verso esconde la mano y motiva que el propio don Luis, espectador paciente y calmoso, tome la pluma y diciendo:

—Traiga, Juanito, traiga, yo termino, pues ustedes son incapaces de rematar un soneto.

Y con su mejor letra y aire más malicioso, dice al propio tiempo que escribe:  
si no llamo al soneto un esperpento.

Y a confesión de parte...

### CAPÍTULO TERCERO

Sí, sí, a confesión de parte. Una semana después de estos sucesos sangrientos (tan despaciosamente descritos por el sacristán, por el solo placer de divertirse recordando que el reglamento de la tertulia, no escrito, pero observado desde los tiempos en que la presidía don Ángel González Palencia, consiente meterse, dentro de los límites de la buena educación, los unos contertulios con los otros, excluyendo, en cambio, a rajatabla el criticar a los ausentes) apareció por el café nuestro buen amigo don Luis, que había usurpado ese día su mefistofélica sonrisa a don Juanito, y luego de beberse su aromático café (¡fuerza de la descripción a la que obligas, a llamar café a esa pócima!), sacó un papelón de su voluminosa cartera atestada a lo que se supone de billetes de mil pesetas, y tras recado de atención leyó con potente voz:

#### LAMENTACIÓN Y DEFENSA

##### Soneto

(Al llegar a este punto quitóse las gafas, miró de frente y de soslayo, y viendo que todos los contertulios estaban muy serios, callados y circunspectos, siguió):

¡Vive Dios que la crítica fué dura  
del soneto que yo escribí en «precario»,  
pues carezco del númen literario  
y en precario forjé aquella locura.

Mas un tanto falaz se me figura  
el zarpazo feroz del comentario  
ya que hay versos, como el de sagitario  
y el higo que no tienen compostura.

El «voquible» es perfecto consonante  
y además, según reza la Academia,  
quiere decir «fugazmente sustituto...».

No es grosero, incorrecto ni pedante;  
y resulta, por tanto, una blasfemia  
tildarme de inconsciente o de ridículo.

Y querido lector: ¿Qué haría usted después de haber oído semejantes reproches? ¿Empeñarse en discutir sobre «precarios, sagitarios e higos» en relación con el diccionario académico? Lo más correcto y sencillo: Aplaudir el soneto, bueno entre los buenos, y confesar a su regocijado autor que todo había sido una inocente e inofensiva broma.